

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO FUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 2 DE ENERO DE 1910.

NÚM. 105.



CUENTO DE REYES

La noche víspera de Reyes es una noche interminable, en la que no avanzan con la regularidad de costumbre las agujas de los relojes: emplean un siglo en cada minuto que recorren en el horario. ¡Y ya hay unos cuantos siglos de espera desde las nueve, en que se termina de cenar, hasta las doce, la hora en que los benditos Reyes Magos depositan en balcones, rejas, ventanillos, puertas y ventanas los juguetes de que son portadores cientos y cientos de camellos, porque

Ayuntamiento de Madrid

para regalar á tantas criaturitas como hay en el mundo, ya se necesitan juguetes y camellos que los lleven.

¡Pobrecitos Reyes, qué trajín el suyo en tal noche con tanto ir y venir de un lado para otro, y tanto subir y bajar escaleras para poner en donde encuentren una bota, un zapato ó una zapatilla muñecas, cajas de soldados, escopetas, automóviles, balones, teatrillos y tantísimas otras chucherías como se han inventado para regocijo y solaz de la gente menuda... Sus espléndidas Majestades deben retornar á sus palacios muertecitos de fatiga y para estarse en la cama lo menos dos meses seguidos.

Pues señor, que después de cenar y ya levantados los manteles, mamá y papá nos dijeron á Lulú, mi hermanita y á un servidor de ustedes la frase sacramental de todas las noches: "Niños, á acostar"; y Lulú y yo, al oír tal orden, nos hicimos los suecos, como si la cosa no fuera con nosotros.

Esta es una noche extraordinaria en nada parecida á las demás noches; los papás debían de tenerlo en cuenta, ¡qué demontres!, y perdonen ustedes la interjección. Hace no sé cuantos días que Lulú y yo esperábamos, llenos de impaciencia, la llegada de los Magos, y, precisamente, cuando tan suspirado acontecimiento iba á realizarse, ¡pum!, la frasecita de rúbrica: "¡Niños, á acostar...!"

Lo de fingirnos sordos no nos sirvió para nuestro propósito: Lulú y yo queríamos ver en persona á los Reyes que más preocupan á los chiquillos. En estampa y "de oídas" ya los conocíamos, y aunque nos intimidaba un poco el rey negro, nuestra curiosidad era más fuerte que nuestro temor: tanto ó más que los juguetes, nos interesaba ver á sus regios donantes.

—¡Niños, á acostar!—repitió papá, y como si adivinara en el moñín que pusimos nuestro desconsuelo, insistió con dulce y persuasivo acento:

—Debéis acostaros, hijitos míos, porque si los Reyes saben que los esperaréis, pasarán de largo por delante de casa.

Tal razón fué un jarro de agua fría para nuestro vehemente deseo de ver cómo los orientales Monarcas se subían al balcón y nos dejaban los juguetes que el día antes les habíamos pedido en una carta, que no es por ganas de darme tono, mejor no la he escrito hasta ahora.

Lulú y yo cambiamos una mirada, como diciéndonos:

—¡Mira que es rareza la de estos señores Magos, de dejar con un palmo de narices á los que los aguardan...!

¡A la camita!, pensamos con cristiana resignación.

Como todas las noches, nos despedimos de papá y mamá, pero antes de entrar en nuestros dormitorios, mi hermanita y yo nos dirigimos al balcón del gabinete y, á través de sus cristales, que parecían de hielo por lo fríos, pegamos la cara y comprobamos, satisfechos, que un par de botitas y un zapatito detendrían el paso de los bienaventurados Reyes de Oriente.

Concluirá.



EL BRUJO

ENTREMES INFANTIL

PERSONAJES

MARICUELA JUANITA, "L BRUJO, CALIXTO, FRASQUITO

La escena representa un bosque. En primer termino, unos troncos caidos que sirven de asientos. Al fondo izquierda, la casa del Brujo oculta entre los árboles.

ESCENA PRIMERA

FRASQUITO y JUANITA

- FRAS. No te fies de lo que te diga Maricuela, que es una marisabidilla que no sabe nada. Para coger setas hay que tener muchísima costumbre, porque se confunden con los hongos venenosos.
- JUAN. Dice Maricuela que se conocen perfectamente, porque los venenosos tienen una señal que parece una calavera.
- FRAS. ¡Jesús, qué desatino! No se lo he oído á nadie en mi vida. Esa chiquilla, con tal de aparentar que entiende de todo, es capaz de inventar mil patrañas. Créeme á mí y no cojas setas porque te expones.
- JUAN. Y tú, ¿las conoces?
- FRAS. Las conozco algo; pero no lo suficiente para tener seguridad, por lo cual no las cojo. Mejor es que cojamos frambuesa, que yo sé donde la hay riquísima.
- JUAN. ¿Dónde.
- FRAS. ¿Ves aquellos pinos? (*Señalando al fondo.*)
- JUAN. ¿Aquellos tres que hay juntos á la derecha?
- FRAS. Sí. Pues siguiendo una veredita que hay junto á un arroyo, hay fresas y frambueas riquísimas.
- JUAN. ¿Y no las habran cogido estos días?
- FRAS. Creo que no; porque por esta parte de la derecha no se atreven á ir los chicos.
- JUAN. ¿Por qué no se atreven?
- FRAS. Pues por no pasar cerca de

la casa encantada por miedo al brujo.

JUAN. Es verdad que dicen que hace unos días que ha venido un brujo. ¿Tú le has visto?

FRAS. Yo, no; pero según cuentan, esta casa estaba abandonada desde hace mucho tiempo porque hubo en ella duendes y ahora se ha visto luz por las noches y cuentan que la habita un brujo con unas barbas muy largas.

JUAN. ¡Ay, qué miedo! ¡Vámonos de aquí!

FRAS. No, tonta; no tengas miedo. Es de día claro y creo que los brujos y brujas no salen más que de noche como los murciélagos.

JUAN. Pues yo no estoy tranquila.

FRAS. ¡Bah! Después de todo, puede que no sea verdad. ¡Se cuentan tantas mentiras!

JUAN. ¿Y si fuera cierto?

FRAS. Aunque lo fuera, no creo que el brujo nos vaya á hacer daño alguno no haciéndole nada malo nosotros.

JUAN. ¡Quién sabe! ¡Como son tan malos...!

FRAS. Yo, la verdad, con la luz del sol no tengo nunca miedo. Anda, ven y cogereamos las frambuesas antes de que vengan otros muchachos y con menos miedo las cojan.

JUAN. ¿Pero hay que pasar junto á la casa?

FRAS. Mira, pasaremos muy despacito para que no nos sienta.

JUAN. ¿Y si nos huele? Yo sé un cuento de un ogro que olía los niños á cuatro leguas.

FRAS. Déjate de cuentos.

JUAN. ¡Calla!

FRAS. ¿Qué hay?

JUAN. Que viene gente. ¿No oyes? *(Se oye cantar á Calixto.)*

FRAS. Es verdad; vienen cantando, y si no me engaño es la voz de Calixto.

JUAN. *(Mirando hacia la izquierda.)* Si, es él; viene por aquí con Maricuela

FRAS. Estos vienen á lo mismo.

ESCENA II

Dichos, MARICUELA y CALIXTO

CAL. *(Que llega saltando.)* ¡Hola! ¿Vosotros por aquí? Y decía Maricuela que os había visto por el camino de la Soledad!

FRAS. Pues ya ves que se ha equivocado de medio á medio.

CAL. ¡Maricuela!

MARI. ¿Qué hay?

CAL. ¿No decías que Frasquito y Juanita iban por el camino de la Soledad?

MARI. ¿Yo? ¡Pues ni que estuviera loca! ¿No los ves que están ahí?

CAL. Pues por eso que los veo me choca que me dijeras que iban en dirección contraria.

MARI. ¡Yo qué te he de haber dicho! ¡Tú estás soñando!

CAL. ¡Mira que eres fresca!

MARI. ¿Y qué hacéis por aquí?

FRAS. Pues íbamos á coger fresas y frambuesas, pero Juanita tenía miedo de pasar cerca de la casa encantada.

MARI. Y hace muy bien, porque está en ella un brujo terrible.

CAL. ¡Vaya usted á saber si será una mentira! ¿Quién le ha visto?

MARI. ¡Yo!

TODOS. *(Muy asombrados.)* ¡Tú! ¿Le has visto tú?

MARI. Anteayer.

FRAS. ¿Cómo?

JUAN. Cuéntanoslo.

CAL. Habla.

MARI. Veréis. Anteayer volvía yo de Peñarrubia con mi tío Andrés, que me traía en su mula, cuando nos anocheció en el camino, y no había hecho más que anochecer cuando vimos salir de la casa encantada un hombre muy alto, ¡muy alto!, con unas barbas muy largas, tanto, que tenía que recogerse con una mano para no pisárselas.

CAL. ¡Atiza!

JUAN. Sigue

Continuará.



ENTRADA DEL RETIRO

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

Acabado el almuerzo, D. José dice de pronto á su hijo mayor, un muchacho de doce años, fuerte y colorado:

—Vamos á ver, Juanito, ¿quieres que vayamos al Retiro?

—¡Sí, sí!—contesta el chico palmoteando de alegría.

—¡Pero hombre!—i. . . rompe la mamá.—¿No sabes que hemos quedado en ir á casa de doña Julia...? ¡Tiene tantas ganas de verle!

—Ya lo sé—contesta D. José,—y precisamente iba á rogarte que desistieras de esa visita...

—¡Cómo! ¿Quieres que interrumpamos una amistad tan antigua?

—No se trata de eso... Lo que quiero es que no emplees la tarde de hoy en hacer ninguna visita... Durante toda la semana están los pobres encerrados en el colegio y es muy justo que el domingo gocen de su libertad para tomar el aire.

—Como quieras—replica la madre, convenciéndose en seguida, como se convencen todas, siempre que se trata del bien de sus hijos.

—Mira—añade D. José,—yo me voy con Juanito, y tú arreglas á las niñas y nos esperáis junto al estanque... ¿Os parece bien?

—¡Bravo, bravo!—gritan Paquita y Asunción, las dos hermanitas de Juanito, que tienen nueve y diez años, respectivamente...

En la casa hay un movimiento general de alegría, coronado con millones de besos que se reparten los hijos y los padres. D. José toma su abrigo, su sombrero y su bastón y coge de la mano á Juanito, ya bien arreglado y abrigado por las cariñosas manos de la mamá.

Esta familia vive en la Carrera de San Jerónimo. Está, pues, muy cerca de ese admirable paseo madrileño que tanto envidian á nuestra capital los habitantes de otras ciudades extranjeras orgullosas. En poco más de un cuarto de hora, D. José y Juanito, bajando por la Carrera y subiendo por la calle de la Lealtad, se encuentran ante las puertas del Retiro.

—Aquí tienes—dice D. José—una de las maravillas de Madrid. Por su extensión y por sus condiciones es inmejorable para los juegos de los niños y para que paseen las personas mayores... ¿A que no te has fijado en una cosa, que debería servirnos de provecho?

—¿Qué cosa, papá?

—Las estatuas de los Reyes.

—Sí... ¡También las hay en la plaza de Oriente!

—Pues delante de ellas deberían enseñar la historia de nuestro país los profesores que quisieran seguir un buen sistema de enseñanza... ¿Qué te parece esta idea?

—No estaría mal.

—Mejor que el sistema empleado generalmente.

—A nosotros nos hace D. Jenaro aprender de memoria la lección.

—¡Y se os olvidará en seguida...! ¿Verdad?

—¡Psch! Algunas cosas, sí; pero otras, no.

—Mira, pues yo tengo un proyecto que vamos á poner en práctica todos los domingos...

—¿Cuál es?

—Vamos á recordar la historia de España viendo la figura pétrea de cada uno de sus Reyes.

—¿Pues no decías que íbamos á dar un paseo?—contesta Juanito, un poco alarmado.

—¡Sí, hombre, sí!—replica riendo D. José.—¡No tengas cuidado...! Sólo se trata de una especie de repaso, que durará tres ó cuatro minutos cada tarde.

—¡Ah, vamos!

El padre y el hijo subieron ya todos los escalones y están en

el Retiro. Ante la primera estatua que se encuentran, dice D. José:

—¿Quién fué este señor?

—Gundemaro—contesta Juanito leyendo el nombre.—Año...

—¡Es una verdadera lástima que quien dirigió esta colocación no uviera en cuenta el orden cronológico...! ¿Quién fué Gundemaro, Juanito?

—Me parece que fué un rey goda... Ataulfo, Sigerico...—añade, con música de una zarzuela popular.

—Hombre, hombre, no le trates con tan poco respeto... Y ahora lime... ¿qué hizo Gundemaro?

—Hizo... hizo... ¡No me acuerdo...!

—No te turbes, Juanito... Nada tiene de extraño que no recuerdes lo que hizo Gundemaro, porque lo mismo me sucede á mí... ¡Qué digo á mí, á todos los historiadores...! Aunque, dicho sea en honor de la verdad, ¿cómo va á recordarse lo que no existe?

—¿Lo que no existe?

—Precisamente. O lo que no ha existido, que es igual.

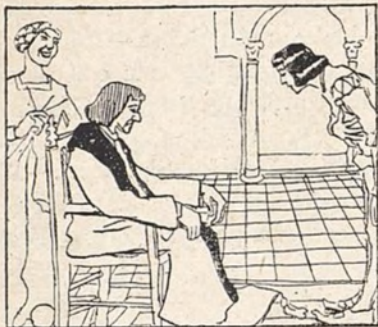
—¡Anda, salero...! ¡Ahora resulta que has querido darme una broma...! ¡Que no existió Gundemaro!

—¡Sí existió, sí existió...! Pero no hizo nada de particular... Fué elegido rey á la muerte de su antecesor, por ser una persona muy bien reputada; reinó dos años y peleó durante ellos con las gentes que andaban por España sin querer someterse á los reyes godos. Fuera de esto, sólo se recuerda que reunió á los prelados en Toledo para proclamar al de esta ciudad como metropolitano. Ya ves que su biografía puede escribirse en una hojita de papel de fumar. Y ahí tienes qué pronto hemos acabado el repaso.



GUNDEMARO

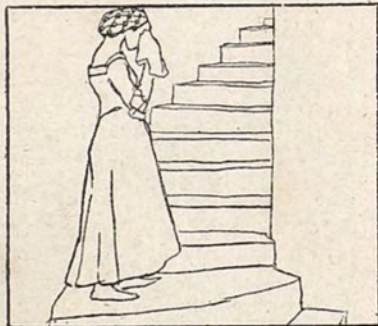
UN RAPTO ENA E



1. Un trovador muy galano de Blanca pide la mano.



2. Pero el padre, enfurecido, le expulsa por atrevido.



5. Blanca llora y se sulfura por tan injusta clausura.



6. Y por si su mal remedia sube á una almena á hacer media



9. La canción surte su efecto, pues Blanca tiene un proyecto.



10. Y á su galán se lo dice que la aplaude y la bendice.

ENA EDAD MEDIA



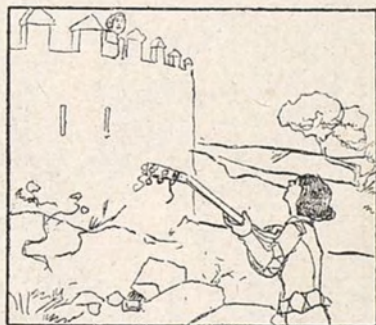
3. Y á su chica en el momento la encierra en un aposento.



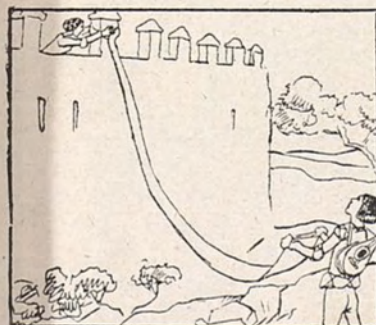
4. Como era grande su enojo la echa también el cerrojo.



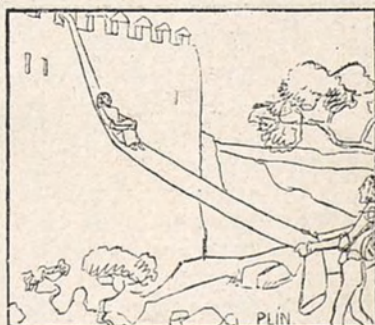
7. En medio de sus labores oye una canción de amores.



8. ¡Es el trovador sencillo que canta al pie del castillo!



11. La media por su extensión facilita la evasión.



12. Y al cabo de unos instantes ya están juntos los amantes.



RELATOS DE CAZA

OBSESION

Muchas noches de invierno solían los viejos cazadores de cierto pueblecillo reunirse en una cocina y contar al amor de la lumbre episodios de sus tiempos juveniles, y entre ellos ocupaba preferente lugar la misteriosa desaparición del *Zancudo*, cazador que

un día salió de su casa y se internó en la sierra sin que nadie volviera á verle más. Indagó la justicia, murmuró la gente, hablóse de rivalidades y hasta de cuestiones habidas con otro cazador llamado Juanillo por una mozuela encantadora; pero todo fué en vano, pues ni siquiera el cadáver se encontró por parte alguna. Desde que pasó aquel extraño suceso no volvió á ocurrir en la sierra cosa digna de ser contada hasta que cierto día comenzó á susurrarse por el pueblo que Juanillo, loco de remate, se iba todas las tardes á la montaña con escopeta y perro, trepaba hosco y taciturno hasta la torrentera del Lagarto y se subía y se sentaba á horcajadas sobre un peñasco tendido en lo alto del precipicio encima de las blancas espumas del torrente. El perro se colocaba á su lado, y él, sin dejar la escopeta, hundía las miradas en el abismo, pronunciando en alta voz palabras como las siguientes que oyó un vecino:

Ayuntamiento de Madrid

—¡No me llares...! Iré, iré; pero hoy, no...

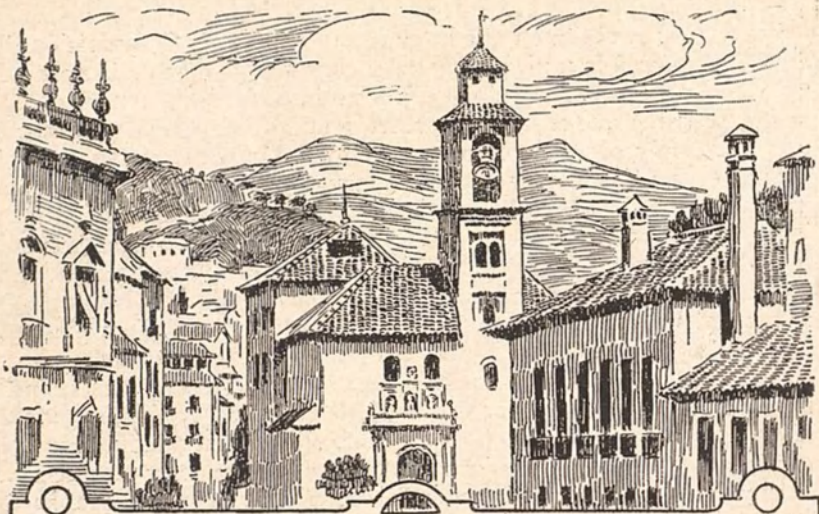
Precisamente el día en que se cumplían años de la desaparición del *Zancudo*, vióse á la mujer de Juanillo correr á las diez de la noche de puerta en puerta anunciando que, por no haber vuelto su marido de la sierra, se temía que le hubiera ocurrido una desgracia. Mostrábase la noche tétrica y oscura como boca de lobo. Un denso nublado entoldaba el cielo dejando caer una lluvia mansa y como cernida que azotaba los rostros. Por esto hubo que esperar á que amaneciera.

En cuanto comenzó á clarear el siguiente día, diez ó doce hombres caritativos se encaminaron á la sierra y no bien se internaron un poco en ella cuando sintieron unos lúgubres aullidos. Se dirigieron á la torrentera del Lagarto y antes de llegar á ella vieron sobre el peñasco al perro solo que, al borde del precipicio, levantaba hacia el cielo la inteligente cabeza, ladraba lastimeramente... Cuando los vecinos se inclinaron sobre el abismo pensaron morir de espanto. Juanillo, enganchado en una roca, colgaba muerto oscilando como un péndulo, pues la comba del torrente le empujaba á manera de ariete contra las peñas... Iban ya á regresar al pueblo, cuando vieron en el suelo un papel sujeto á una piedra. Uno de ellos lo desdobló y leyó en alta voz: "Maté al *Zancudo* por el amor de la difunta Toña y lo tiré á este abismo para que nadie lo viera. Sin embargo, pasó el tiempo y él me llamaba, me llamaba á todas horas... ¡Al fin he tenido que acudir...!"

Sobre el peñasco seguía ladrando el perro...

JOSE A. LUENGO.





LA HORMIGA Y LA CAMPANA

FÁBULA ORIGINAL

El ruido atronador de una campana
inspiró en cierta hormiga casquivana
el proyecto atrevido
de escalar el enhiesto campanario,
para saber sin duda
de donde provenía tanto ruido.
En aquella tarea peliaguda
las horas empleó de una mañana;
canzada y sin aliento,
pudo al fin penetrar en la campana
en ocasión precisa
en que con una cuerda, desde abajo,
un viejo sacristán tocaba á misa,
y la aplastó el badajo.

*Si la curiosidad algunas veces
á los hombres obliga
á escudriñar sandeces,
que recuerden el cuento de la hormiga.*

JAYME MARTI-MIGUEL.



UN PEQUEÑO INDUSTRIAL

Cuando más entretenida estaba la familia, ha sonado en el jardín una voz infantil muy conocida, gritando:

—¡Paraguas de seda...!

¡Es Paquito que imita á los vendedores callejeros...!

Los papás se ríen de la gracia, y los hermanitos y la muchacha salen en busca del pequeño industrial, preguntándole el precio de la mercancía.

Ayuntamiento de Madrid



TEATRO PARA LOS NIÑOS

Habéis ido al teatro del Príncipe Alfonso en estas tardes de Pascuas? Supongo que sí; pero si á alguno se le olvidó, ó ha preferido ir á cualquier otro de los teatros de Madrid, debe subsanar inmediatamente la falta.

En ese modesto teatrillo se está llevando á cabo en este momento una empresa tan grande, tan grande, que merece el apoyo de todos, y en especial de vosotros, niñitos, porque para vosotros se ha pensado y á vuestra tierna imaginación está dedicada.

Un autor eminentísimo que se llama Jacinto Benavente, de quien, sin duda, habréis oído hablar mucho y muy bien, ha tenido la idea de hacer un teatro para los niños, pensando que aquí hacía mucha falta. Y pensaba cuerdamente, porque cuando queréis ir al teatro hay que llevaros á que veáis cosas que muchas veces no entendéis ó al Guignol, donde trabajan muñecos que suelen enredarse á palos.

Bueno; pues en este teatro trabajan actores de verdad y representan comedias muy bonitas y muy á propósito para vosotros. Una, sobre todo, que se llama *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, os gustará de veras y os servirá de saludable lección, que es lo que se pretende.

Conque ya lo sabéis. Es preciso que vuestros papás os lleven á ese teatro. De fijo diréis luego: “¡Qué razón tenía GENTE MENUDA!”

Ayuntamiento de Madrid



ESPÁÑOLES ILUSTRES

DIEGO MUÑOZ TORRERO

En los siglos XVII y XVIII las Cortes españolas fueron perdiendo importancia y disminuyéndose progresivamente la intervención del pueblo en el gobierno de la nación, hasta el punto que los Reyes se creyeron propietarios de ella y con derecho á enajenar parte de su territorio cuando fuera conveniente á sus intereses. Siendo ésta la situación de las cosas, sucedió la invasión francesa y la guerra nacional llamada de la Independencia en la que Ruiz, Daoiz y Velarde, Palafox, Morillo y Castaños alcanzaban laureles derrotando, conteniendo y arrojando á los franceses de la tierra española, y el movimiento regenerador iniciado por hombres de grandes virtudes y alta sabiduría. Corresponde entre éstos el sitio de honor á Diego Muñoz Torrero, sacerdote de intachable conducta, doctísimo en varias ciencias y, sobre todo, varón de sublimes ideales. Nació en Cabeza de Buey (Extremadura) el día 21 de Enero de 1761; se educó al lado de su padre, quien admirado de su formalidad, aplicación y talento lo trasladó á Salamanca, en cuyas aulas se distinguió de modo que antes de los

Ayuntamiento de Madrid

veinticinco años era recibido en el claustro de doctores y nombrado por ellos profesor de Filosofía. Sus dotes singulares le designaron para regir aquel centro docente á la temprana edad de veintinueve años, siendo votado por unanimidad rector. Su pueblo natal, al formarse las Cortes de 1810, le dió poderes de procurador para ellas, cuando ya se había señalado formando el nuevo plan de estudios, en las oposiciones que hizo en Madrid á una canonjía de su colegiata, en la dirección de la primera Universidad de España y en cuantos asuntos le habían encomendado los Gobiernos. El momento en que iba á inmortalizar su nombre estaba próximo. El Rey Fernando VII, de desdichada memoria, se hallaba con su padre, Carlos IV, en Bayona de Francia, sometién dose á los caprichos del coloso del siglo, Napoleón I; el pueblo español velaba con arma al brazo por su libertad patria y los amantes de la regeneración, investidos por la voluntad del país en árbitros de sus destinos, reunidos se hallaban ya en Cádiz. El momento era solemne y el ansia del pueblo tan grande como justificada. Todos esperaban la primera sesión. En ella, que se celebró el 24 de Septiembre de 1810, tomó la palabra el primero Diego Muñoz Torrero, quien, con gran serenidad y fácil palabra, sometió á la aprobación de la Junta los puntos en que se proclamaba la primera Constitución moderna española, sobre la base de que en las Cortes reside la soberanía nacional.

Su discurso, sus contestaciones, su fortaleza en defender el derecho del pueblo como superior ó á lo menos igual á todo otro, se recibieron con tanto aplauso y se tomaron en tanta consideración, que desde entonces se contó con su saber, autoridad y juicio en cuanto afectaba á la nueva organización del Estado. Pero tanto valimiento y tan gran sabiduría, en vez de merecer el general respeto, acrecentó el odio de los aduladores favoritos del Rey, quien, tan luego deshizo lo acordado en las Cortes, procedió contra cuantas personas las habían constituido. Muñoz Torrero fué preso con otros insignes españoles. El trato que le dispensaron fué de lo más irritante que se puede idear. Un breve paréntesis disfrutó de calma, hasta que el año 23 se tuvo que refugiar en su provincia, de la que partió para Portugal por no poder soportar la persecución de que era objeto. Estando en el país vecino, le detuvieron de nuevo y le encarcelaron en la torre de San Juan de Lisboa, donde el infame brigadier Téllez Jordán agotó todos los recursos de su imaginación para acabar con la existencia de Muñoz Torrero. El sabio sacerdote entró en la agonía y su verdugo escogió este momento para abreviarle la vida cruelmente, haciendo que atarais al mártir una soga á los pies y le bajasen arrastrando por una escalera de 34 peldaños.

Así murió el gran rector de Salamanca el día 3 de Marzo de 1829, el varón santo y justo que no cometió otro pecado en su vida que el de defender en toda ocasión las libertades legendarias de Castilla.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

Ayuntamiento de Madrid